

Pedro Garcia

Año I

VILLENA, 15 Julio 1907

Núm. 14

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 pesetas

Fuera 0'45 .

Número suelto 0'05 .

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 10

AMOR, CON AMOR SE PAGA

I

Está visto que los últimos años de mi actual existencia los he de consagrar al consuelo de mis semejantes. Decía Fenelón, que un amigo desgraciado es más propio que otro cualquiera para aliviar nuestras penas; y creo que el sábio dijo una gran verdad, porque yo encuentro más alivio á mis pesares poniéndome en relación con un pobre, que con un rico, y á los que padecen les sucede otro tanto, relacionándose conmigo, que sin ser de las personas más desgraciadas, estoy muy lejos de figurar entre los individuos felices; sea por lo que sea, no pasa día que no reciba una larga epístola, contándome en ella una série de desventuras, pidiéndome para ellas algún consuelo; y yo, aunque me es imposible atender á todos los que me preguntan y me piden una comunicación de los espíritus, hay relatos tan conmovedores, hay revelaciones tan dolorosas, que no puedo menos que pedir á los invisibles una palabra de consuelo para éste, ó aquél infortunado. Últimamente, recibí una carta muy extensa de un hombre, que, según me dice, es viejo, pobre y solo en el mundo. Este infeliz hace más de veinte años que amparó á una mujer abandonada de su esposo, del cual no se ha podido averiguar su paradero; la pobre abandonada, se encontró lejos de su pueblo natal, sin conocer á nadie más que al autor de la carta á que me refiero. Julián se compadeció de la infeliz Luisa y la tomó á su servicio, y tantas fueron las buenas condiciones que fué descubriendo en ella, que la única pena que sentía era no poderla hacer su esposa, por ignorarse el paradero del esposo de Luisa.

Hará unos tres años que Luisa enfermó, sin poderse averiguar cual era su dolencia, hasta que al fin, médicos renombrados la visitaron y le dijeron á Julián que Luisa estaba herida de muerte, porque tenía un cáncer en el estómago, además de tener su cuerpo cubierto de una erupción incurable; y aquella mujer que había sido tan limpia, tan trabajadora, tan hacendosa, que la presentaban como modelo, por su limpieza y su actividad, se quedó postrada en su lecho, exhalando su cuerpo un hedor tan insoportable, que ninguna criada quería cuidarla, ni ninguna lavandera lavarle la ropa, y Julián era el único que la cuidaba, de día y de noche, luchando con la enferma y con la miseria porque, ocupado de continuo con atender á Luisa, su pequeño comercio se fué á pique, porque nadie, absolutamente nadie, acudía á su casa á comprar los cereales que en ella vendía. Julián, apuradísimo, pidió auxilio á sus más íntimos amigos, y éstos le dijeron: «Lo que debes hacer es llevarla al Hospital; tú te pierdes y á ella no la salvas». Yo, dijo Julián, llevar al Hospital á una mujer que me ha cuidado tantos años y que tanto se ha interesado por mi suerte? ¡jamás! Pediré limosna, pero no la dejaré. Y siguió hundiéndose en el abismo del dolor, hasta que Luisa murió en sus brazos; y Julián me escribe diciéndome: «¡Por Dios, señora!, yo estoy loco; he sufrido tanto y me asaltan tantas dudas, y hasta tengo remordimientos por si no he cumplido bien con mi deber. No es curiosidad, no; no es eso, pero ¡Ay! si yo pudiera saber qué lazo nos ha unido anteriormente, porque había momentos que mi estómago no podía resistir aquella peste horrible que el cuerpo de Luisa exhalaba y parecía que me decían al oído: «Cumple con tu deber» y entonces besaba la frente de Luisa y le pedía perdón por mi debilidad. ¡Por Dios, señora; pida usted una palabra de consuelo para un pobre viejo que se ha quedado solo en el mundo!»

El ruego de Julián me conmovió y pregunté á mi guía si le era posible atender á la súplica de aquel infortunado, y el espíritu me contestó lo siguiente:

II

«Bien merece ser atendido el que ha sabido atender á una infeliz cuya dolorosa enfermedad la aislaba por completo de sus semejantes. Julián y Luisa, son dos espíritus afines; hace mucho tiempo que vienen juntos á la tierra y han sido hermanos repetidas veces; en su encarnación anterior, lo eran; Julián era un hombre muy dado á la vida aventurera y Luisa era más bien su madre que su hermana. Dice uno de vuestros adagios, que *quien mal anda, mal acaba*, y como Julián iba siempre por los peores caminos, su vida era tan antihigiénica, que todo su cuerpo se le cubrió de lepra y llagas profundas trituraron su cuerpo, y Luisa fué la única que no le abandonó; diez años fué su ángel bueno, rodeándole de los más solícitos cuidados, no queriendo contraer ma-

rimonio, para tener todo el tiempo disponible para él. Fué una verdadera heroína; pidió limosna para atender á su amado enfermo; luchó valerosamente con todos los obstáculos que ofrece la miseria y el dolor, pero consiguió que su hermano, en medio de sus dolores, no sintiera ni el hambre, ni el frío, ni la soledad, porque Luisa no le dejaba solo más que cuando el enfermo dormía. Amor, con amor se paga, por eso en esta existencia, Julián se ha sacrificado por Luisa que tenía que pagar una deuda y la ha pagado sufriendo lo menos posible, porque ha recogido la cosecha de la semilla que sembró ayer. Cuando tengáis á vuestro lado un enfermo, atendedle, cuidadle, consoladle, porque os asegurais los cuidados solícitos de aquél á quien consoláis, y si no de aquel mismo sér, de otro cualquiera, porque la semilla del amor tiene unas raíces tan sanas, que por mala que sea la tierra donde la sembréis, arraiga siempre; tanto dá que la sembréis en tierra laborable como en las hendiduras de una roca ó en movediza arena, las raíces del amor no se secan jamás; en todas partes germinan. Díle á ese pobre viejo, que esté contento de sí mismo, porque todo aquel que cumple con su deber, tiene derecho á ser dichoso. Adios».

III

Es verdaderamente consoladora la comunicación que he obtenido, porque pagar deudas de amor ¡es tan hermoso! Convertirse en ángel un sér lleno de defectos, porque ya se sabe que los terrenales todos estamos condenados á cadena perpétua y cuando rompemos esa cadena con nuestras virtudes, ¡qué porvenir tan sonriente nos espera! ¡Dichoso el hombre que ha puesto en práctica el adagio de AMOR, CON AMOR SE PAGA!

Amalia Domingo Soler.

LO QUE SON LOS ÁNGELES.

¡Injusticias en el Hacedor Supremo!

Esto encuentra siempre el alma que estudia y profundiza sobre las afirmaciones dogmáticas del catolicismo.

Detengamos hoy nuestro pensamiento en uno de los puntos más flacos, más erróneos de su Génesis ó sea, sobre la Creación Angélica.

Meditemos y comparemos.

El Dios católico, crea, *porque sí*, (siempre porque sí), desde el principio, á unos seres revestidos por Él, al crearlos, de una luz deslumbradora, de una pureza inmaculada, destinados á gozar eternamente del mayor de los bienes ó sea de su presencia, *sin*

haber hecho nada para merecer tan grandioso premio: Estos son los ángeles. Y va creando las pobres almas humanas destinadas á gozar también de su presencia, si sortean los mil y mil peligros de su accidentada vida terrestre, sin dejar manchada su vestidura espiritual al pasar por la tierra, yendo, sin misericordia ni remisión, á parar al Infierno eterno, en la mayoría de los casos.

Esto enseña el catolicismo; y ahora dice la razón humana: ¿Es que no son criaturas de Dios, igual, tanto su amor, los ángeles y las almas humanas?

¿Es que son menos hijos suyos estas últimas que los primeros?

Si se afirma que no son iguales, hay que reconocer un lado débil en el Sér Supremo, pues ha creado seres privilegiados, para un goce perpétuo y seres destinados á todos los sufrimientos de la tierra, y la mayor parte de ellos, después de la vida terrestre, á tormentos eternos y crueles en el Infierno. Con esta afirmación, se confiesa que existe un privilegio en la creación: Dios no ha sido ni Justo, ni Bueno, ni Perfecto, al crearlos desiguales.

Si se afirma que son iguales ante Dios, los ángeles y las almas de los hombres, acude precisamente otra pregunta contundente y lógica, al raciocinio:

Entonces, ¿por qué tal diferencia de destino entre seres iguales? ¿Por qué gozan unos eternamente, sin haberlo merecido, siendo así que las pobres almas humanas tienen que conquistar ese goce en las luchas y en los combates de la vida, en la travesía de este proceloso mar que es la existencia terrestre, exponiéndose muchas de ellas á caer en el Infierno eterno, al tratar de alcanzar el Cielo?

En un caso como en el otro, tanto si se afirma la igualdad entre los seres creados, como si se les supone desiguales, padece en gran manera, á los ojos del hombre que estudia y raciocina, la infinitud de Justicia y de Bondad de los atributos divinos.

Efectivamente, con la doctrina católica, siempre resulta Dios más pequeño que ciertos seres humanos que profesan á todos sus hijos igual cariño y les hacen partícipes, sin distinción alguna, de todos los bienes de que disponen, procurando, dentro de su pequeñez, la mayor igualdad para todos ellos. El dogma católico siempre tiende á acuciar la concepción de Dios en las almas pensadoras, presentando para su aceptación, como verdades reveladas, creencias absurdas é inaceptables para la razón, puesto que demuestran haber en Dios notoria injusticia y limitación de bondad.

La creación angélica es uno de los puntos flaquísimos del catolicismo; un niño algo instruido, comprende enseguida esa debilidad y puede demostrarla. Por eso mismo, no queremos hacer más incapié acerca de lo errónea, de lo destructora que es dicha afirmación de su Génesis.

Este trabajo tiene un objeto más alto: Es el de comparar.
¿Qué dice la ciencia espírita respecto al particular?

Veámoslo.

Dice que no existe la creación angélica como la presenta el Catolicismo.

Dice que, como Padre Universal amorosísimo de todos los seres, Dios no ha creado ni la desigualdad de *esencia*, ni la desigualdad de *destino*, entre sus criaturas, ó sea, entre sus hijos, puesto que todas las almas, es decir, todas las chispas espirituales desprendidas de su Foco Potencial, desde la eternidad más remota, han sido dotadas todas, absolutamente todas, de iguales facultades para alcanzar el fin para el que fueron creadas. Ninguna ha sido mejorada en el reparto paterno, no existiendo por tanto el privilegio en la Creación. Todas han recibido las facultades de *pensar*, *sentir* y *querer*. Su destino es el mismo: Desarrollar indefinidamente esas facultades en sentido progresivo, con tendencia constante á mayor espiritualización de su sér, es decir, á llegar al estado de espíritu *puro*, ó sea al estado angélico, digámoslo así.

Luego, ¿existe ese estado en la creación?

Sí, existe el estado angélico. Pero á él no llega ningún sér por privilegio ni por sorpresa. Todos, absolutamente todos los grados de pureza, que son necesarios para elevarse hasta allí, han de ser conquistados por todos los seres, sin distinción ni privilegio alguno, á costa de los propios esfuerzos de cada uno.

El estado de pureza espiritual y de goce inherente á esa pureza, no son un regalo de Dios, hecho *porque sí*, á algunos de sus hijos, sino que es el premio que aguarda á todos los seres que han luchado, batallado y vencido.

Los ángeles ó sean los espíritus puros, son almas que han pasado, como las nuestras, por la dolorosa peregrinación de las encarnaciones terrestres; son las almas humanas, purificadas y elevadas por el sufrimiento, por el martirio, por el sacrificio.

Con esta explicación racional y lógica, queda enteramente satisfecha la razón humana.

Ningún sér resulta privilegiado en la creación; todos son de igual esencia y creados «para un mismo destino, para un mismo fin»: la Felicidad Universal, como resultado, como premio de los esfuerzos hechos por todos para conquistar la pureza y la elevación que necesitan alcanzar para gozar de ese estado superior.

Como siempre, en este caso, la ciencia espírita respira lógica, justicia, igualdad. Restituye al Sér supremo, lo suyo, lo que en Él es inalterable, la infinitud de sus atributos de Justicia y de Bondad, que el Catolicismo deja al descubierto en la mayoría de sus dogmas y de los puntos de su doctrina.

Para el espiritista que sabe que esto es la verdad, Dios es el Padre Amoroso y Justo que ha tratado con la misma ternura á todos sus hijos. Igual punto de partida ha sido el de todos los seres; idéntico destino el suyo; un mismo porvenir les aguarda; iguales medios tienen para conquistarlo; no existiendo, por lo tanto, ni el capricho, ni la casualidad, ni el privilegio en la obra del

Excélso Creador. Es más; sabe también el que bebe en la pura fuente del Espiritismo, que, no solamente no es posible el capricho en el Universo, sino que tanto lo físico como lo moral, la materia como el espíritu, todo en él está regido por leyes matemáticas, admirables y precisas, sábias, justas y previsoras, como el Adorable Legislador que las ha dictado. Sabe que el espíritu vive, se mueve, cae, se levanta, anda, progresa, se purifica y se eleva, impulsado por esas mismas leyes y dirigido por una de ellas, la del Progreso indefinido, que es la que rige su continua ascensión á través del Infinito.

Como consecuencia natural de su creencia, el espiritista venera y bendice al Padre Universal, que lo ha creado para tan grandioso fin y procura, dentro de la pequeñez de sus medios, adelantar él todo lo posible y hacer progresar á los seres que le rodean; pues en todos, en absolutamente todos, aun en los que se titulan sus enemigos, ve á sus hermanos muy queridos, hijos, como él, de su Amorosísimo Padre Celeste, y trata de procurar, para ellos como para él, la mayor suma posible de bienes.



EL ESPÍRITU DE VERDAD

«Gozad de la vida; vuestros son los bienes que el Señor ha derramado con mano pródiga en el Universo. Tenéis, pues, derecho á disfrutar de todos los beneficios que vuestro Padre ha puesto al alcance de vuestras aspiraciones.

¿Por qué habéis de vivir con la censura en la frente, si vuestro Padre es bueno, es generoso, es providente y os ama con amor entrañable?

No es eso lo que os pide; es decir, no quiere para vosotros el aislamiento, la tristeza, la abjuración de todo placer, de todo bien y de todo goce sobre la Tierra, como enseñan las religiones que se nutren del fanatismo, desconociendo las leyes de la Naturaleza.

Lo que os pide el Señor es que seáis modestos, frugales, laboriosos y caritativos, que no os creéis necesidades superfluas, porque lo superfluo tiende á la molicie y á la vanidad.

Todo lo que exceda de lo necesario, no es vuestro; pertenece á aquéllos á quienes falta lo que á vosotros os sobra, y al emplearlo en las necesidades ficticias engendradas por vuestra molicie y vuestra vanidad, alimentáis lo que es vicio y pecado de vuestra alma, y lo quitáis á lo que es necesidad y carencia de vuestros hermanos indigentes.

¡Si el mundo supiera qué cuenta tiene que dar de lo que malbarata superfluamente!...

Y esto podéis comprenderlo á poco que meditéis, en las desgracias que contempláis á vuestro alrededor, y de las cuales no os creéis solidarios ni responsables.

¡Cuántos hombres roban el pan que se bota en la casa de un rico! ¡Cuántas virtudes se mancillan en el fango de las calles, porque carecen del abrigo y del alimento que se apolilla y se pierde en la casa del potentado! ¡Cuántos asesinos suben á los patibulos y ensangrientan la Tierra, porque carecieron de la doctrina, de la enseñanza y de la buena dirección que el rico hubiera podido prestarles, con lo que malbarata á veces en un banquete, en una noche de orgía, ó en cualquier acto de vanidad y ostentación!

¡Ah, desgraciados! ¡Cuánta responsabilidad os cuesta ese dinero que hubiérais podido emplear para bien de la sociedad y honra y provecho de vosotros mismos!

¿Por qué no meditáis los deberes que os unen á vuestros semejantes?

Huid de lo superfluo; extirpadlo de vuestros lugares, de vuestras costumbres. No enseñéis á vuestros hijos desde la cuna, el mal uso de los bienes que Dios os concede para el bien de todos y para el vuestro.

Ese juguete costosísimo con que regaláis al hijo de vuestras entrañas, es una usurpación al pobre huérfano que carece de vestido, de calzado y aun del pan necesario para la vida.

¡Cuánto más meritoria y ejemplar sería que enseñáseis á esa mano inocente el hábito de remediar la desdicha ajena, la costumbre de no aspirar á lo innecesario, inculcándole desde la infancia el amor á la sencillez, á la modestia, á la humildad!

Dios ilumine á los hombres para que eviten los males de que es autor su egoísmo, por más que no se acusan á sí mismos, sino á Dios que es su padre y su Creador, y no su verdugo.

UN PROTECTOR».

«No os llaméis jamás desdichados, cuando la enfermedad hiera vuestros cuerpos; cuando la miseria llame á las puertas de vuestros hogares, ni cuando la adversidad, el infortunio, se ciernan sobre vuestras cabezas; porque si en medio de los dolores físicos, vuestra alma se conserva sana y remonta sus alas á las regiones de la luz, en busca de paz y de consuelo, la enfermedad será corona y gloria, en vez de desdicha; y si en el seno de la escasez y de la miseria material, vuestra alma está rica de virtudes y vestida con la estola de la caridad y de la fe, vuestra hambre será la palma que coronará algún día vuestra victoria; y si en medio de las adversidades y de las desgracias, vuestra alma se engrandece en Dios y se fortifica en la esperanza de su misericordia y de su

amor, las adversidades y las desgracias serán para vosotros el resguero de luz, que, cual estela esplendorosa, dejara vuestra planta por el camino de la vida, hasta la eterna patria, donde os conducirán vuestros dolores y vuestras penas para eternamente ser felices.

Llamáos, sí, desdichados, ¡oh mis queridos hermanos!, sólo cuando carezáis de misericordia; cuando os falte el sentimiento de la caridad; cuando la envidia, el odio y la maldad, extiendan sus tinieblas sobre vuestros espíritus y entenebrezcan vuestras almas. Entonces ¡oh! sólo entonces, podéis llamaros mil veces desdichados; porque instrumentos seréis en la Tierra, no de la misericordia, sino de la justicia.

No seréis pañal que enjugue las lágrimas, sino martillo que hiera la iniquidad.

Y entonces, vuestra suerte merecerá compasión, porque seréis verdaderamente desdichados!

ANGEL».

«Grandes lagunas, hijos míos, tiene aún que llenar la Justicia en la tierra por la expiación.

Todavía hay barbarie, os dije, y solo ante el espectáculo de vuestras miserias, pudisteis considerar aceptable este dicho mío.

Entre vosotros, razas civilizadas, mata la Ley. El mandamiento expreso, se viola impunemente en nombre de un derecho imaginario, de una ley infusa; porque nadie está autorizado para matar.

Entre los pueblos incultos también se ejerce el asesinato en nombre de leyes y costumbres, que vosotros llamáis bárbaras, porque no están inscriptas en vuestros códigos con hermosas frases; pero que no obstante, se encaminan al mismo fin, esto es, á la violación de la Ley Divina.

Vosotros sois admirables en el libro, en la cátedra, en el periódico. Enseñáis principios de alta y sábia moral; pero en la práctica, la inmoralidad cunde y el crimen se comete, y la iniquidad se apura, y sólo el escándalo es condenado. Es decir, que vuestras sociedades civilizadas aposentan toda clase de perversiones y de vicios bajo el antifaz de las formas exteriores, mientras que las que llamáis salvajes, se presentan á la faz del mundo tal como son, y en esto consiste la diferencia de barbarie.

Si así no fuese, ni os mataríais unos á otros, ni os perseguiríais y dañaríais en esa guerra sorda que sostenéis diariamente y en todas partes, y por consecuencia, seríais felices, porque seríais buenos y mereceríais entonces el calificativo de civilizados, que no quiere decir otra cosa, sino que los hombres son humanos, justos y benévolos de verdad.

UN PROTECTOR».

(Comunicaciones tomadas de la hermosa obra titulada: «La ciencia de la vida»).

VILLENA.—Juan J. Amorós, impresor